



Covid-19 y urgencia de lo común
(Trozos de un manifiesto por escribir)

¡SEAMOS VIRUS!

**CUADERNOS
DE BATALLA 1**



editorial

Fray Bartolomé de Las Casas A.C.



editorial

Fray Bartolomé de Las Casas A.C.

¡SEAMOS VIRUS!

Roberto González Villarreal
Lucía Rivera Ferreiro
Marcelino Guerra Mendoza

Julio de 2020 ●●

D.R. © 2020, Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C.

Pedro Moreno 7
Barrio de Santa Lucía
C.P. 292950
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

¡Seamos virus!
Covid-19 y la urgencia de lo común

Roberto González Villarreal

Lucía Rivera Ferreiro

Marcelino Guerra Mendoza

Todos los Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, puede realizarse con la correcta citación de los autores.

ISBN: 978-607-8533-83-1

Impreso en México / Printed in Mexico

A la primera línea, en cualquier parte

A todos, todes y todas las esenciales

Lxs autorxs

Roberto González Villarreal. Doctor en economía. Profesor-investigador del Doctorado en Política de los Procesos Socioeducativos, Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco. Miembro de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales y del Sistema Nacional de Investigadores. <https://robertogonzalezvillarreal.com.mx>

Lucía Rivera Ferreiro. Doctora en pedagogía. Profesora-investigadora del Doctorado en Política de los Procesos Socioeducativos, Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco. Integrante de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales y del Sistema Nacional de Investigadores.

Marcelino Guerra Mendoza. Maestro en Política Pública Comparada. Profesor-investigador de la Maestría en Desarrollo Educativo de la Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco.

Contacto:

labandadelxs3@gmail.com
<https://www.facebook.com/labandadelxs3/>

INDICE

INTEMPESTIVA	9
Política	10
Semiótica	11
Fuga	12
I LA PANDEMIA	15
Un patógeno aliado	15
Los relatos tristes	16
El virus anti-sistémico	17
El analizador COVID-19	18
Las argucias del capital	18
La normalidad es el problema	19
II ¡VIRALICÉMOS AL MUNDO!	21
La insurrección de las potencias de la vida	21
La inmunidad de rebaño	22
El devenir vírico de la multitud	22
La tormenta de citoquinas	24
III EL PARADIGMA DE LO COMÚN	25
Cambiar de lógica	25
La producción de lo común	27
Apropiación y boicot	29
Los similares	30
Principio, trabajo e institución	33

INTEMPESTIVA

Un virus ha puesto en cuarentena al planeta. De diferente modo, en distintos tiempos y ritmos, pero prácticamente todos los países han sido expuestos a una enfermedad zoonótica. La COVID-19 no ha sido la primera ni será la última pandemia en la historia humana; las crónicas las refieren desde tiempos inmemoriales. Eso se sabe, pero nunca se había generado una en tan corto tiempo, de manera tan extensa y con resultados que todavía no se pueden estimar.

Seguramente ha habido epidemias más mortíferas que esta; no hay duda que se encontrarán narraciones y estadísticas más letales que las de estos días; pero la profundidad, los efectos económicos, políticos y subjetivos causados por el SARS-CoV-2 distan mucho de ser anodinos, o solo ejemplos de algún repertorio de siniestros. Se trata de un evento inédito: la mundialización de una pandemia en poco más de un mes.



Política

Una pandemia no es un problema de salud; es un acontecimiento político. Afecta la constitución, reproducción y existencia de la polis, es decir, de la población como conjunto de seres vivos, de sus relaciones, integración, expectativas, intercambios, deseos y creaciones, subjetivas y sociales. Ahora sabemos, quizá como lo sabían muchos cuyas voces fueron calladas durante demasiado tiempo, sus prácticas cercenadas, sus culturas atropelladas y sus saberes sometidos, que no es un evento a escala humana, sino ecosistémica, que revela disonancias en la coexistencia y articulación de factores bióticos, abióticos y ecológicos.

Ahora lo sabemos, pero tampoco es una cuestión técnica, sino un proceso agonista, una confrontación de fuerzas en la inteligibilidad de la pandemia, en su comprensión, en sus modos de atención, objetos de intervención, objetivos, metas, determinación de recursos, prioridades, estrategias, tácticas, tiempos, modalidades; es decir, en todo el proceso que va de la problematización multidimensional (o sea, la complejidad de lo político), a las estrategias de gestión diferenciadas (por ensambles y relaciones que especifican el campo de las políticas) y la conflictividad de las fuerzas que disputan el gobierno de la pandemia (que es el campo de la política).

El proceso de lo político, la política y las políticas es la síntesis del paradigma del gobierno, el modo como se intenta comprender y conducir la pandemia, según los envites estratégicos de las fuerzas en lucha. Sin embargo, el gobierno se mueve en el campo de lo real y de lo posible, de las instituciones y las restricciones, de lo manejable y lo que no; es una disputa sobre la conducción de lo real, de lo presente. Ese es el gran compromiso del proceso político con el capital: no disputa su racionalidad, ni las restricciones que impone, sino las condiciones que regulan su reproducción y sus efectos –a fin de cuentas, las disputas sobre el gobierno son querellas sobre la conducción, no sobre los fundamentos sistémicos-.

¿Y si el acontecimiento revelara otro régimen de lo posible? La normalidad es una disputa sobre lo real; pero ¿la pandemia no crea otros posibles, sobre los rastros del colapso? ¿No se perciben las posibilidades manifiestas en el orden de los actos, de los bloqueos, de las sinrazones del presente? ¿No son ostensibles en las acciones de muchos, muchas y muchas que exceden los dictados institucionales, la mismísima racionalidad neoliberal y los límites del sistema? ¿No son visibles?

El acontecimiento crea otro régimen de lo posible: es una matriz de problematización, de virtualidades que requieren actualizarse, es decir, crearse, inventarse, pero sobre las acciones y sentipensamientos que circulan, buscan encontrarse, articularse, ensamblarse y, por qué no, componer otras formas de existencia, de subjetividad, de relaciones con los cuerpos, la naturaleza, los, las y les otros, la sexualidad, el trabajo, la cultura. Lo vemos ahora: es una cuestión de vida o muerte; o sobrevida.

El desafío: la actualización de lo virtual revelado por la pandemia; atacar las condiciones que la produjeron y no solo las modalidades en que se conduce. Ir más allá: cuestionarlo todo, para escapar del régimen del capital y sus determinaciones institucionales, subjetivas, cognitivas. Impugnarlo todo, para demolerlo y fugarnos... escapar, huir, maldecir y derruir esta maldita normalidad que produjo la pandemia y producirá otras, hasta extinguirnos.

Semiótica

La pandemia es una nueva condición de la globalidad del capital; todavía no se descubre su origen, siguen en estudio las modalidades de propagación; todavía no hay un protocolo clínico eficaz, menos aún una vacuna o una terapia prometedora, tampoco se conocen bien a bien las estrategias que eviten nuevos brotes o que erradiquen el virus, pero ya hay miles de páginas, tuits, videos, conferencias, artículos, libros, folletos, declaraciones, bulos, especies, fake news, libros, webinars sobre la post-pandemia, el post-neoliberalismo, el regreso, el post-regreso, los seminarios sobre otros seminarios, de todos los campos y variedades habidas y por haber.

Ahora tenemos una crisis de sentido por sobreproducción; una inundación de memes, emitidos por máquinas de respuesta veloz, sobre el pasado, el presente y el futuro de la pandemia y el mundo. Se ha conformado un logos verborreico, chispo, ahogado en tópicos y tropos cada vez más insensatos; pero no inocentes. Se proponen desviar la mirada ante una materialidad atroz, de nuevas vueltas de tuercas a la precarización, a la enfermedad, a los eternos déficits de atención, de sistemas de salud rebasados, de cadáveres en morgues errabundas, de economías destrozadas y ecosistemas destruidos; vueltas de tuerca insoportables en las violencias de género, familiares, domésticas, sociales, institucionales; esa materialidad funesta que reclama cronistas y no agoreros

de futuros sin agencia, militantes en vez de trascendencias maquínicas -¡Ay, como sigue haciendo daño el espíritu del capital, metafísicamente informado!-.

Entre tantas voces, entre tanto ruido, ¿cómo movernos?, ¿cómo discriminar?, ¿cómo separar el polvo de la paja?, ¿cómo aprender entre tantas cosas y tantas intenciones?, ¿cómo guiarnos?

Nosotrxs somos materialistas. El mundo sucede fuera de nuestros cerebros y nuestras ensoñaciones, está ahí, en su terrible y magnífica relación ecológica. Pues bien, ese mundo también nos interpela, nos interroga, demanda acciones, individuales y colectivas; es en ese momento donde la intelección de los procesos materiales pasa por las confrontaciones cognitivas y políticas, se establecen comprensiones y vías de acción, porque de lo que se trata no es -¡nunca es solo eso!- comprenderlo, sino actuar en él y, para nosotrxs: transformarlo.

Comprender para actuar; intelección y agencia transformadora, esas son las manecillas de una brújula política y cognitiva en la pandemia. A condición de recordar siempre que se trata de atacarla en sus raicillas, no en sus efectos solamente, sino de comprender sus causas y moverse a profundidad. De nada servirá una comprensión de sus secuelas y de las restricciones sistémicas -como lo hacen los gobiernos y las políticas públicas-; de nada servirá ante la inminente repetición de brotes, epidemias y pandemias cada vez más frecuentes.

Fuga

Problematizar para comprender, comprender para fugarnos; escaparnos de las condiciones impuestas por el capital; huir, escabullirnos de esta realidad insensata que los gobiernos pretenden gestionar, solo para



llevarnos a una normalidad profiláctica que no cambia nada. ¡Marcharnos! ¡Irnos en bola! ¡Causar defecciones y construir hipótesis de multitud!

La alternativa es quedarnos y contemplar los pleitos de la gestión, escuchar las fábulas sombrías de los juglares del poder; o cuestionarlo todo, convocar ensambles, reconocernos, actuar en consecuencia, verlo de otro modo, para atisbar lo distinto, lo que está ahí, lo que la pandemia revela perfilando horizontes inesperados. ¿Por qué no?

Las disyuntivas: construir agencias de lo común, contemplar desesperanzadxs el derrumbe o participar abiertamente con él. En esta colección de trazas intelectivas y proactivas, apostamos por la primera opción. ¡Nada de comprensiones sin agencia, o agencias sin comprensión! ¡Ninguna concesión a las pasiones tristes que, como sabemos, solo abonan el camino de la opresión! ¡La pandemia es un acontecimiento: acompañémosla, saquemos conclusiones, guías para la acción, estemos atentxs a lo que está ahí, a quienes están ahí, pensando, actuando y haciendo cosas; convoquemos a la acción y al pensamiento con los sentimientos a flor de piel! Después de todo, ¿no es eso lo que perseguimos cuando las interrogaciones son tantas que no alcanzan a vislumbrarse con los conceptos del pasado?

La pandemia no es solo una desgracia, sino un diagnóstico sobre las condiciones en que se desarrolla el mundo y se perfila el futuro. ¡Nololamentemos! ¡Nonos quedemos ahí, desgarrándonos las vestiduras! ¡Aprendamos, saquemos lecciones, oteemos un mundo distinto, porque hay cosas ahí que nos muestran otras opciones, otras relaciones, otros códigos, que no son los del dinero ni del mercado, sino los cuidados mutuos, lo común, la solidaridad, de la vida!



¡Eso está ahí, no es un discurso, ni un pensamiento afiebrado, está ahí, en las múltiples acciones para enfrentar la pandemia, en principios meta-institucionales que desbordan la racionalidad neoliberal! Atisbar cómo y hacia dónde podría conducirnos es el propósito de estos trazos de un manifiesto que todavía tenemos que escribir, y actualizar, en común.

LA PANDEMIA

Un patógeno aliado

El SARS-CoV2 es un virus oportuno, apareció en otra oleada del largo ciclo de protestas anti-neoliberales, anti-autoritarias, ecologistas y feministas que recorren el mundo desde hace más de una década.

La multitud chilena había tomado las calles; la insurgencia de Hong Kong desarrollaba tácticas novedosas; las feministas paralizaron buena parte del mundo; los estudiantes de la Primavera Persa protestaron contra el alza de combustible; las jóvenes rociaron de brillantina morada a las instituciones de México; los trabajadores franceses desafiaron las reformas de Macron; la población colombiana confrontaba al gobierno; los combatientes irquíes cuestionaron el régimen postinvasión; la resistencia boliviana combatía el golpe de Estado; los jóvenes dominicanos se levantaron ante la cancelación de las elecciones; los musulmanes impugnaron las leyes discriminatorias de ciudadanía en la India...

La pandemia aplanó una onda de resistencias diversas, complejas y extendidas en todo el mundo. La lucha de clases pareció suspenderse. Las banderas se guardaron. Las feministas entregaron los edificios. Los obreros postergaron sus demandas. Las ecologistas aplacaron sus denuncias. Los jóvenes se replegaron. Las calles se vaciaron. Todas a casa. Todos en casa. Hasta nuevo aviso.



Solo algunas personas siguen trabajando: las médicas y los enfermeros, las trabajadoras de salud y de servicios públicos, los que recogen la basura, los campesinos, las trabajadoras de las maquiladoras, las técnicas y los de seguridad, los dependientes y las cajeras, las empleadas, todas y todos aquellos que no pueden escapar a la dictablanda empresarial y/o doméstica, la circulación de dinero y mercancías. Los esenciales los llaman, para no decirles la primera línea de los explotados y las precarizadas más que nunca.

Un germen extrañamente aliado a los poderosos, al heteropatriarcado, a los capitalistas; tan es así que no solo suspende las revueltas, sino genera la oportunidad para ensayar formas de dominación y expoliación a gran escala, como el trabajo en casa, la educación digital, el encierro, la vigilancia extrema y la prolongación de la jornada laboral hasta hacerla indistinguible de la vida. Más aún: donde las trabajadoras proveen sus propios instrumentos laborales, pagando los costos de operación, conexión digital y mantenimiento. ¡Se ha logrado la mayor ambición neoliberal: que los proletarios se callen y trabajen, que costeen sus equipos y energías, en casa y sin horario, sin descanso y sin repelar! ¡El sueño húmedo del capital!

Los relatos tristes

A los hechos los acompañan sus narrativas. Unas justificadoras, en nombre de la ciencia, la epidemiología y la seguridad; otras de presunta revelación, como todas esas crónicas de política ficción, dictaduras tecnológicas, apartheid genéticos y demás. También las de quienes lo denuncian todo y promueven “besarse en la boca con los muertos”, “infectarse todas”, abrazar al virus y a la COVID-19 en nombre de la libertad y los anti-poderes.

Los nihilistas cantan las fuerzas del capital en clave inexorable. Como una suerte echada, como una desgracia, como algo inevitable, que es mejor aceptar con una mueca triste, para qué blandir un arma.

Cuando el relato se agota en la calidad literaria, la provocación brillante o la capacidad intelectual, se vuelve parte de los mecanismos de desorganización del capital; cuando se acompaña con recomendaciones para desobedecer y contagiarse, para enfermarse y tomar el riesgo de morir, es parte de las tácticas de depuración social -claro, en nombre de la insumisión y de la muerte liberadora-.

El nihilismo siempre ha sido un aliado del poder, una aceptación ilustrada de la derrota, una invitación al desastre; el acompañante gracioso, erudito o lastimero del poder. También la víctima heroica, el personaje desgraciado, pero libre. En realidad: muerto. Las nihilistas son las trovadoras necro-políticas del capital.

Un virus antisistémico

Hay otros modos de ver todo eso. En realidad, el virus es un trozo de material genético mutante, él mismo un efecto de la destrucción capitalista de la naturaleza, un saltarín inter-especies que circula a la loca velocidad del mundo actual.

Robert Wallace lo ha venido reiterando: la producción agroindustrial, las industrias extractivistas, la depredación de selvas, las cercanías forzadas con otras especies y formas de vida, desatan fuerzas incontrolables que se vuelven contra los procesos ecológicos y reproductivos. La historia nos lo ha enseñado una y otra vez. En este siglo lo hemos vivido con otros virus similares, cada vez más agresivos, cada vez más frecuentes. El SARS-CoV-2 es una fuerza evolutiva de la destrucción capitalista; nos acompaña, nos interroga, nos desafía a comprender su presencia y su realidad, con lo único que podemos entender: el contagio y la muerte. La cuestión es que no son nada más un virus y una entidad nosológica; el asunto es más complicado, porque los modos de atender su propagación y letalidad están ligados al quebranto de los sistemas de seguridad y protección de la vida en el capitalismo tardío.

El neoliberalismo potenció todos los procesos de mercantilización y capitalización de las tramas de la vida, desde la salud hasta la alimentación, desde la educación hasta la cultura, el cuerpo, la mente, los afectos, las emociones, las sensaciones, el intelecto... Si el capital iguala todo a través del dinero, convirtiéndolo en el tasador de la existencia, el neoliberalismo convierte todo en mercancía, conduce todo al lucro, hasta al mismo individuo, sujeto por los valores de la monetización, el cambio y la producción del sí mismo.

Lidiar con el virus, en condiciones de gobernanza neoliberal, ha evidenciado la devastación de los sistemas sanitarios, pero también los límites de la mercantilización de la vida y la seguridad de todos y de todas. Sin recursos fiscales para mantener las cuarentenas; sin presupuestos para alcanzar un

sistema de salud universal; sin dinero para sostener salarios; la pandemia se vuelve una lotería maldita del contagio y de la muerte, cargada siempre contra los que no tienen un ingreso permanente; contra quienes se juegan la vida todos los días en la circulación y en la producción; contra los países que destruyeron o nunca han contado con sistemas de ciencia y tecnología; contra quienes no disponen del capital cultural que haga comprender y actuar en las emergencias.

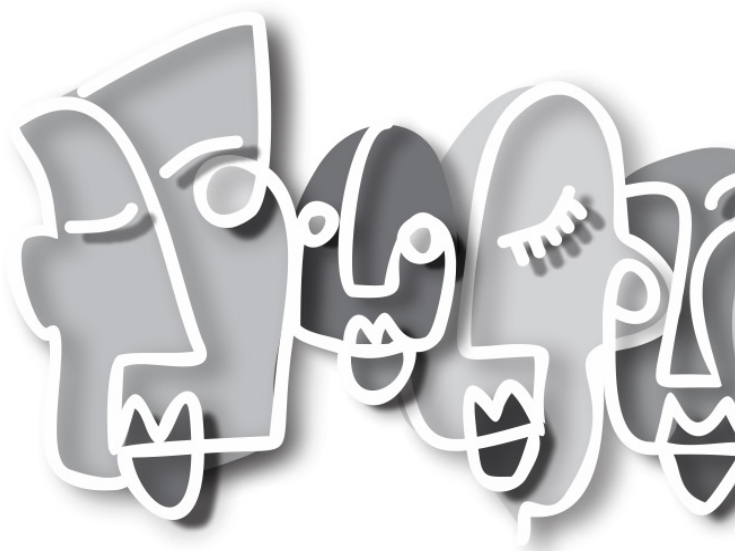
El analizador COVID-19

La pandemia es una entidad nosopolítica, un diagnóstico general de las condiciones de reproducción de la vida humana. Un momento, también, de la revuelta general de las potencias de la vida contra las fuerzas mortíferas del capital. Lo hemos visto en el dilema que resume la situación actual: la vida o la economía, dicen unos; en realidad es la vida o el capital. Tampoco es la vida humana solamente, sino el conjunto de las fuerzas vitales destruidas, mercantilizadas y desfiguradas por la expoliación capitalista. El SARS-CoV-2 es un emisario de la interpelación ecológica al capitalismo.

El neoliberalismo es la última ofensiva del capital contra la vida, la humanidad y los ecosistemas; la pandemia es una advertencia, una más, a escala inimaginada, quizá solo un ensayo antes del fin.

Las argucias del capital

Dijimos antes: la pandemia es un acontecimiento; la interrupción de la normalidad neoliberal por las derivas ecológicas y sociales que produjo. Pero no hay que engañarse, tras el descontón inicial, el capital siempre se reorganiza. Su mayor potencia es la capacidad infinita de innovación; la expropiación de las críticas y de las dificultades de su reproducción, hasta convertirlas en puntos de apoyo y expansión.



Siempre ha sido así. Nada nos dice que no será igual esta ocasión. Ya lo empezamos a ver; el capital intenta técnicas de expoliación cada vez más despiadadas -el trabajo en casa, convertido en puntal de precarización, sobre-explotación y subsunción total de la vida al capital-; técnicas de vigilancia cada vez más sofisticadas-biométricas, nanométricas y drónicas-; mecanismos de subjetivación con apuntes en la bioseguridad y los riesgos perennes; entre tantas otras cosas.

Los acontecimientos son ambivalentes; laboratorios de resolución de nuevos y de viejos problemas, fugas hacia adelante o huidas masivas. Para el capital, son oportunidades de aggiornamento, para lo que requiere organizar y desorganizar; ordena respuestas locales y globales. Se organiza a sí mismo -a pesar de la competencia entre capitales numerosos-; y desorganiza las resistencias. Ese maldito 1% es muy pequeño, pero dispone de tecnologías biopolíticas y cognitivas a sus anchas. Contagia a las resistencias con los poderes de la representación y la cooptación. En eso radica su poder de transformación; esas son las células T de su sistema inmunitario.

Si el capital no ha caído, es por la inexistencia de una agencia colectiva que lo derribe; peor todavía, porque vive en nosotros, porque somos el capital en carne, hueso, fluidos y plexos. El capital está en nuestro cerebro, nuestros corazones, nuestros deseos y expectativas. Es un virus que ha infectado los procesos de cognición y de subjetivación. Por eso, como al Alien, ¡hay que extirparlo antes de que acabe con todo!



La normalidad es el problema

No saldremos nunca de la cuarentena, porque lo que se quiere es regresarnos a la normalidad. Nueva normalidad le llaman a la envoltura profiláctica de lo mismo; de las mismas condiciones que generaron la pandemia, de las mismas condiciones con las que enfrentamos este virus y los que vendrán.

Esa es la verdadera cuarentena -no declarada pero real- en la que hemos vivido hasta ahora.

La de las últimas semanas es sólo una encerrona imposible de sostener, inviable en condiciones de hacinamiento cosmopolita, privatización securitaria y responsabilidad individualizada. Una reclusión imposible: ¡desde un inicio! Primero por la desigualdad lacerante; después, por las repercusiones socioeconómicas; más tarde, por la atrocidad psicoemotiva; por último, por las secuelas económicas y políticas. Lo que se perfila es un desborde anómico, una exigencia primordial del contacto y la circulación, a costa de la infección permanente, de la exposición indiscriminada al contagio, de jugar con los dados, siempre cargados, de la muerte.

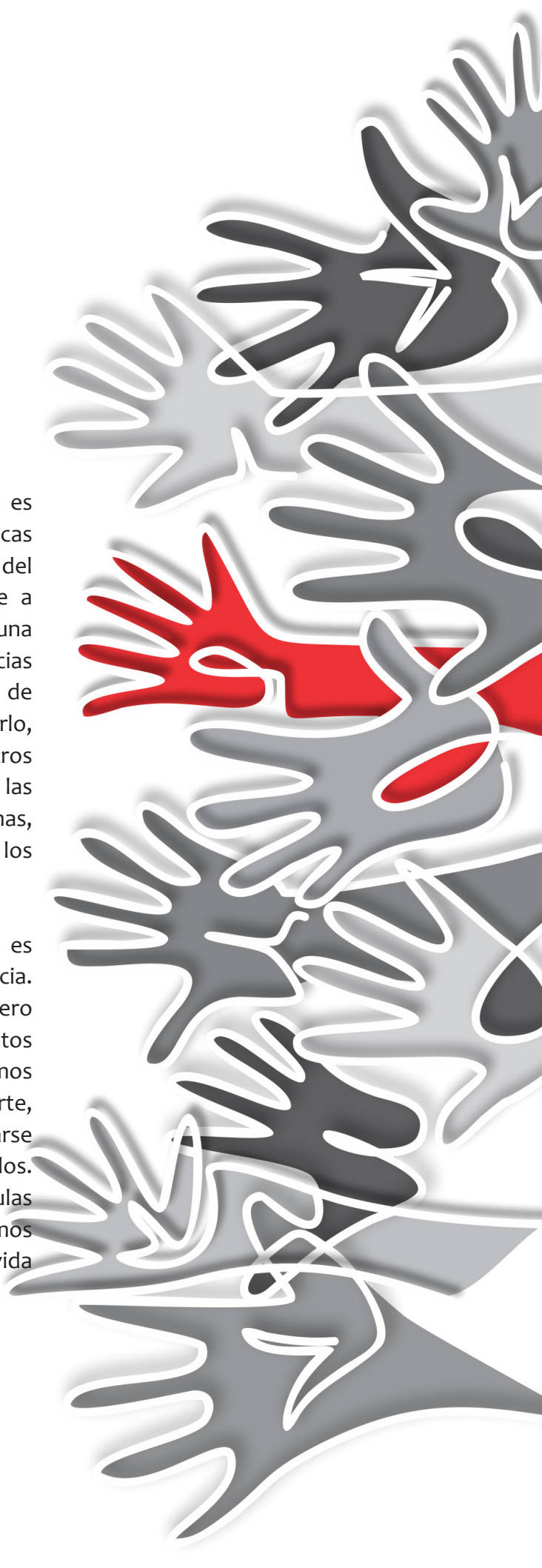
A las biopolíticas del Sur le son extraños los dispositivos de seguridad universal; frente a la pandemia la única estrategia coherente que han dispuesto, es un estrecho pasaje entre el Escila del COVID-19 y el Caribdis de la hambruna. Es la administración soterrada, nunca admitida, de la historia natural de la enfermedad -en versión realista-. La cuestión es que las biopolíticas del Norte enfrentan el mismo dilema, solo que en versión mitigada. Son las disyuntivas de una política inmanente, la que se adapta a las condiciones impuestas, la que se hace en los márgenes de lo posible. Así también le dicen a la política: la gestión de lo posible, es decir, la reproducción de las condiciones en que se forman esos posibles. La normalidad es la custodia del capital. Una guardiana reaccionaria. ¡Siempre!

VIRALICEMOS AL MUNDO

La insurrección de las potencias vitales

Cambiemos de perspectiva. La pandemia es también una ocasión para revertir las tácticas de desorganización y los psicopoderes del neoliberalismo. Una ocasión para negarse a continuar la normalidad depredadora; una oportunidad de reconfiguración de las potencias vitales, de conjuntar luchas y posibilidades de habitar el mundo; de habitarlo, compartirlo, potenciarlo. El mundo, es decir, nosotros y nosotras, ellos y nosotros, nosotres y las otras, las personas humanas y las no humanas, las fuerzas y las potencias, las especies y los inanimados.

Tengámoslo en cuenta: la pandemia es una oportunidad, no solo una desgracia. Aprendamos del virus, nuestro compañero de infortunios, expulsado de los circuitos genéticos y de su nicho ecológico; aprendamos de él, que se mueve entre la vida y la muerte, para penetrarlo todo, para mutar y combinarse con los otros, perderse en ellos y con ellos. ¡Viralicémos al mundo!, destruyamos las células neoliberales que nos constituyen, configuremos nuevos organismos y nuevas formas de vida para habitar y no destruir los ecosistemas.



La inmunidad de rebaño

Mutemos nosotrxs también. ¡Seamos virus! Hagamos capturas, enlacémonos, destruyamos los anticuerpos del sentido de la época, destrocemos las células T del capital, esas que siempre se presentan como valores, prejuicios, instituciones, legislaciones y ritos; esos clichés que se machacan todos los días en las resistencias y en las representaciones, todo eso que nos regresa siempre, siempre, a los equilibrios heteroestáticos del capital; claro, con nuevas inmunidades, con nuevas cooptaciones. ¡Ese es el peligro! Que la pandemia sea solo una ocasión para que el capital adquiriera una nueva inmunidad de rebaño. ¡Esa es la maldición de todos los mecanismos de reproducción política, aún en las resistencias! ¡Peor aún: con la complicidad de las resistencias y sus dirigentes!

El devenir vírico de la multitud

A pesar de todo eso: ¡Ya estamos aquí! ¡Atacando! ¡Marchando, desafiando, imaginando, creando! ¡Ya estamos aquí: en la primera línea en Chile, en las barricadas de Hong Kong, en las huelgas de París, en las manifestaciones de Minneapolis, en las creaciones de Oaxaca, en los paros de Milán...! No hay que esperar la llegada de un Personaje, un Libro, un Movimiento. ¡Ya estamos aquí!

Nos movemos en las luchas contra el feminicidio y contra el machismo; estamos en la búsqueda de las víctimas de la desaparición forzada; en las batallas contra la deforestación y la depredación ecológica; en las querellas contra todas las formas del extractivismo; en los combates por los derechos de salud, vivienda, educación; en la ofensiva contra las violaciones a los derechos humanos; en las protestas contra la precarización y la explotación; en las reyertas contra el racismo; en las revueltas contra la elegetefobia; en las pugnas por los derechos de niños, jóvenes, personas con discapacidades y adultas mayores; en el reconocimiento a las personas no humanas; en las reivindicaciones de pueblos originarios y migrantes; en las exigencias de científicas, artistas y tecnólogos... ¡Ya estamos aquí! ¡Aquí: en la creencia radical en este mundo, nuestro mundo, el que estamos construyendo, ahora: desde ahora!

¡Contagiémonos de todas las luchas; abracemos nuestras causas; mezclémonos de afectos, emociones y pensamientos! Reanudemos o empecemos luchas contaminadas de feminismo y ecologismo, de fraternidad y anti-racismo, anti-

humanismo y anti-especismo, diversidad y diferencia: de todo lo que potencia y transforma la radicalidad del aquí y ahora; sin más destino que la inmanencia, sin más devenir que el de la transformación revolucionaria del sí en el nosotros, nosotras y nosotres, humanos y no humanos, reproductores y no.

¡Nadie nos representa! La re-presentación es la sustracción de la voz, la presencia y la vida de alguien; su sustitución, su relegación en la trama de la comunidad. El representante sustituye, desvaloriza y minimiza a la otra, a los otros, a les otros, esa es su función: hacerles callar; o hacerles hablar para sustituir su voz, que hablen, para que sigan callados; que digan, para que se queden quietas.

Por eso, todas las movilizaciones contemporáneas eluden la representación, se alzan y se mueven sin delegar nada a nadie, ni siquiera a los y las más avezadas. La multitud rehúye la uniformidad y la estandarización, justo en los momentos en que todas las estrategias neoliberales quieren callar la diversidad relegándola a la responsabilidad del sí mismo.

¡Nadie habla por nosotras, nadie nos sustituye, ni nos desplaza! Atacamos juntas, pero en diferentes espacios, a diferentes tejidos, en diferentes circunstancias; quizá sea hora de propiciar una infección multi-sistémica, quizá

sea hora de colapsar el sistema inmunitario que atiende los tópicos, quizá sea el momento de atacar los mecanismos de inmunidad del capital, que son los que siempre regresan al convaleciente más fortalecido.



La tormenta de citoquinas

¡Ya estamos aquí! Impidiendo, infectando, provocando las respuestas del sistema inmunológico del capital. O se recuperan las demandas o se provocan batallas moleculares y multi-orgánicas. Cuando se recuperan, se degluten y destematizan, volviéndose políticas públicas, de más o menos eficacia y legitimidad; pero hay otras, en otros momentos, que son irre recuperables en los márgenes de acción que da el sistema o que dan las condiciones económicas, políticas y culturales del presente. Como en México: la estrategia ante la pandemia tiene tantas restricciones presupuestales, culturales, infraestructurales, institucionales y políticas, que articularla ha sido un verdadero tour de force biopolítico; la suerte de su eficacia y legitimidad está ligada a las restricciones.

Ese es el problema. No se trata, en esta ocasión, de dificultades en su coherencia técnica, sino de las barreras sistémicas: el presupuesto atado a la deuda, la salud vinculada a los negocios y la corrupción, la alimentación ligada a la sobreoferta de productos alimenticios de pésima calidad, las falencias cognitivas, el arrasamiento ecológico, la depredación neoliberal del sistema de salud pública; todas las restricciones sobre las que trabaja la política, acepta y considera inalterables: ¡ese es el sistema en acción! ¡Esas son las condiciones en que se realizan las estrategias y toda la tecnología con la que se atiende la pandemia! ¡Son las restricciones impuestas por el capital, en su fase neoliberal!

Se trata de ponerlo todo en cuestión. No aceptar las restricciones: saltarlas, patear la mesa que las sostiene; esa sería una verdadera transformación. Hay que atacar en todas partes, propiciar la reacción del sistema inmunológico del capital, que trabajen las citoquinas políticas y cognitivas, que dirijan las células inmunitarias a los sitios de infección, creen más citocinas, para descontrolar el equilibrio entre su producción y el control de los patógenos, para llevar a la inflamación generalizada, el choque séptico: por sobreproducción de mecanismos inmunitarios. Como lo que siempre se observa en las revoluciones, como lo que viene sucediendo en muchas partes...

¡Estemos atentxs! No se trata más de organizar algo desde afuera, no se trata de esperar a alguien, o algo, hay que potenciar lo que hacemos ahora y aquí, provocar, apoyar, escalar, nunca silenciar ni postergar las luchas, aquí, ahí y allá... Ahora y siempre, para provocar la falla multi-sistémica del capital, por la acción de una pluralidad de luchas que trabajan en y por lo común.

EL PARADIGMA DE LO COMUN

Cambiar de lógica

Hemos pasado de las transiciones democráticas a las alternativas de gestión. De los regímenes dictatoriales a las democracias neoliberales; cambiamos de personajes y, algunas veces, hasta de políticas. Cambiamos todo, menos la lógica de gobierno, menos la gestión. La gestión es el campo de las restricciones, define el plano de lo existente, se mueve en eso y con eso –ahí los combates son meramente sintácticos-. En la pandemia lo vemos: la economía o la vida, un problema de ordenamiento, un ardid para continuar batallando con y en lo mismo. Ese es el terreno de lo posible y de su gestión.

Cuando se cambian las jerarquías –¡Primero los Pobres!-, pero se mantienen las restricciones sistémicas, las contradicciones se revelan siempre como excesos verbales, demagogia pura, rastros populistas, que más tarde o más temprano derivan en crisis de legitimidad y de eficacia: los gobernantes se muestran desnudos, los afeites retóricos se caen, aparecen las crisis fiscales, la agenda pública se vuelve una litis infinita y cada vez más desproporcionada, esquizoide incluso. El inconsciente colectivo se desata –se encuentra a cielo abierto, decía un teórico incomprensible-.



No es casual que tras los episodios populistas sigan las tiranías, las traiciones (solo volteen a ver a Moreno, en Ecuador) y/o los fascistas de todo tipo (desde Bolsonaro hasta Piñera, desde Trump hasta los dictadorzuelos de los países centroeuropeos). ¿Habrá que recordar acaso las campañas brasileñas tras la defenestración de Dilma? ¿La eficacia de la alt-right en su reconfiguración de las conversaciones estadounidenses? ¿La explosividad de Vox ante el gobierno de la coalición de izquierdas en España?

Las transiciones que terminan en alternativas ofrecen siempre el espectáculo de la derrota, con su cauda de desengaños, persecuciones, arrepentimientos y autoritarismos desenfrenados. A las alternancias les fue peor: un simple cambio de personajes, para garantizar la continuidad. Del cambio en la nomenclatura al cambio en las prioridades, de la alternancia a la alternativa, se podría resumir el largo ciclo de la gobernanza capitalista. Una crisis que es un modo de existencia del sistema. Una crisis permanente, no es sino otro modo de nombrar de la normalidad neoliberal.

De la alternancia a la alternativa: un péndulo en el mismo plano de lo real y lo posible; quizá porque sólo cambiaron la posición de los términos y nunca los términos de la posición. Lo que nunca se cuestiona es la gestión como reproducción de las condiciones de lo real, de sus requerimientos y de sus restricciones. El agonismo del alter se enroscó en sí mismo; nunca saltó sobre su sombra para impugnar la lógica del gobierno y su complicidad con lo real.

¿Hay que cambiar de lógica! No sólo de gobierno, ni sólo de forma de gobernar: sino de la gestión como espacio de construcción de lo posible. En otras palabras: cambiar de lógica, para alterar las condiciones en que se plantean los problemas. Cambiar de lógica significa hacer política alterativa: que altere lo real, que altere el plano de consistencia, que altere las restricciones: que altere... Se trata de alterar las condiciones en que se produce la política; de alternativas a la política, no de alternativas políticas.



La producción de lo común

La pandemia abrió un nuevo régimen de posibilidades. No son especulaciones. Tampoco son utopías de mentes alucinadas por la programación o scripts de algoritmos hiper-detallados, sino algo más sencillo: acciones, enlaces, flujos, también bloqueos, topes, bifurcaciones. Todo eso está ahí: revelado en/por el virus-acontecimiento. Y no sólo lo que se ve, sino también lo que muestra el revés, lo que perfila, lo que producen los atractores caóticos, o las iteraciones de micro-agencias, como las del efecto mariposa.

La pandemia muestra cosas, pasa a primer plano otras, revaloriza o desvaloriza, articula de otra manera, evidencia, enseña, crea nuevas sintaxis o también nuevos tropos y nuevos topos. Se crean nuevas líneas de visibilidad, se recorren, o se ponen en perspectiva; lo mismo que otras líneas de enunciación y de subjetividad. En eso consiste el acontecimiento.

¿Qué se observa en la pandemia? Una nueva disposición de las relaciones que constituyen al mundo. Son líneas que cruzan de arriba-abajo, de manera transversal y oblicua, algunas cuestiones esenciales. La primera: la salud, la reproducción de las condiciones de vida. Todas las relaciones médicas, sanitarias, ecológicas, de cuidados, farmacológicas, securitarias, indispensables para enfrentar la emergencia. Más allá de formas institucionales (público, privado, mutualista); de las figuras involucradas (médico, enfermera, biólogos, matemáticos, químicos, físicos, farmacológicos, etc); de la legislación; del régimen político; de la presupuestación; todo eso no alcanzaría a enfrentar la pandemia, es necesaria su articulación, la puesta en funcionamiento de tantos elementos diversos: los mimbres que constituyen lo común.

La materia de lo común son las relaciones heterogéneas que se producen en la multiplicidad de problemas que se enfrentan: todos los clínicos, profilácticos y de prevención de salud, sin duda, lo que involucra, familias, grupos, colectivos, organismos y demás, pero también las redes sociales de corto o mediano alcance, como barrios y comunidades, que atienden y resuelven problemas de salud, de alimentación, de vestido, de atención, de cuidados.

En la pandemia es evidente: lo común es un principio organizador meta-institucional. Los programas gubernamentales nunca alcanzan a cubrir la problemática, ni siquiera la de salud, por eso salen los vecinos, los pequeños negocios, las amas de casa que reparten alimentos, los clubes deportivos o de

amigos que realizan cuidados, las brigadas de jóvenes y militantes que recorren calles con viandas y protectores; las maestras que están atentas de sus alumnos; etc. Lo común es todo lo que se produce solidariamente para definir y enfrentar los problemas locales, regionales y sectoriales de la pandemia.

En esta perspectiva, materialista y relacional, lo común no es una propiedad ni un bien, tampoco una determinación esencialista, sino una pragmática relacional en condiciones históricas determinadas. No hay que inventar una utopía, lo común se construye en la dinámica social; es una fuerza inmanente de la cooperación. Por eso hay que estar atentxs. Lo común es una fuerza, una potencia también, por tanto, se puede incrementar, modificar, alterar y/o instituir. ¡Ese es el dilema de las potencias inmanentes: reconocerse, aumentarse, instituirse o ser dilapidadas, cooptadas y retorcidas!

Insistimos: en la pandemia se revela la materialidad de lo común, se manifiesta en las relaciones meta-institucionales, es la red que sobrepasa lo instituido; en la post-pandemia, ¡cuidado!, reaparecerán todas las modalidades de captura realizadas por el capital, las políticas públicas o privadas, nacionales o internacionales. Lo común se expresa en el acontecimiento como desborde, solo porque expresa su potencia instituyente.

Una segunda articulación que la pandemia revela: los cuidados. El trabajo de las mujeres, invisibilizado por siglos de dominación heteropatriarcal, se vuelve indispensable: los cuidados de niños, ancianos, personas con discapacidad, todo ese trabajo no contado, no registrado, naturalizado, es parte fundamental de cualquier solución. Es, también, la parte sumergida de los costos de reproducción de la vida en sociedad, que las mujeres pusieron de relevancia en sus luchas. Un mimbres más de lo común patente en todas las estrategias de mitigación y control de la pandemia. ¿Qué haremos, una vez que ha sido revelado como fundamento material de la polis? ¿Continuaremos sumergiéndolo en la nueva normalidad; o lo convertimos en eje de la estructuración de lo común? ¿Lo reconocemos en toda su magnitud, instituyéndolo, transformándolo en pivote de relaciones procomún, lo regresamos al zócalo de lo social, o veremos como se transforma en una miríada de mercancías inmateriales, de espacios monetizados, que es lo mismo que decir, de otras formas de explotación?

Y pueden seguirse muchas más articulaciones, en un mapeo indispensable de lo común que todavía nos falta: los procesos de circulación y transporte en las grandes metrópolis, con sus diferenciaciones de horarios y ritmos; las

modalidades de atención comunitaria inter-generacional; las distribuciones en los tiempos y esfuerzos familiares y barriales; o las formas de distribución local de bienes y servicios; todos los servicios públicos que adquirieron relevancia central en la misma cuarentena: entregas, electricidad, gas, agua, internet, cultura, entretenimiento... educación...

En la pandemia se produjeron los enlaces de una articulación meta-institucional, eso es un común actuante, dinámico, constituido por una multiplicidad de micro-agencias locales; esa es la materialidad (re)descubierta, puesta en evidencia, manifiesta, que se revela, contra los poderes del capital. Esa es la deriva virtuosa del acontecimiento: la comunización post-pandémica.

Este es, también, el desafío abierto por el acontecimiento. Un desafío: algo real que reclama potenciarse; transformarse, devenir... de lo contrario...

Apropiación y boicot

Se ha dicho: en la pandemia, lo relevante son los saberes y relaciones que mantienen y reproducen la vida, no los valores de cambio ni del lucro, esos se ponen en suspenso, pero aguardan, están ahí, atentos a monetizar y comercializar todo.

Por eso insistimos tanto en la dualidad del acontecimiento: utilizarlo para potenciar lo común constituido, o dejar que se pudra en los circuitos del capital. Fortalecer las relaciones palpables -intensificar lo común- o dejar que sean capturadas, deglutidas por el dinero y las oportunidades de inversión. Esa es la deriva maldita del acontecimiento-pandemia: la apropiación burguesa de lo común.

Se observa ya de muchas formas; por ejemplo, en el modo como se problematiza la experiencia del trabajo en casa. El home office es una experiencia multi-conveniente: se reducen costos de operación, se ejerce un control obsceno e individualizado de una multiplicidad de trabajadorxs, se amplía la jornada de trabajo, se intensifica -;se va la vida en ella!-, y se responsabiliza al sujeto de su formación, atención y resolución de problemas; sobre todo, se confunde la vida con el trabajo, en términos temporales, espaciales y subjetivos. Y no sólo del trabajador, sino de su entorno familiar, comunitario, social.

Lo común se revela como potencia infinita, pero capturada por el capital que la dirige, que la orienta, que elabora mecanismos de evaluación y de objetivación. Se utiliza la fuerza de lo común para canalizarla hacia el lucro y la explotación.

Ese común existe, está ahí, pero se invisibiliza por las capturas relacionales que hacen los programas de gobierno, las asociaciones privadas, los partidos políticos, las instituciones de asistencia, los organismos internacionales, entre tantas otras. Es cuando lo común se captura, se parcializa, se recorta y se distribuye para la solución de las tramas de la vida: ¡por eso se privatiza!

Desde luego, al lado de la colaboración de cuerpos, mentes y corazones en la resolución de los problemas de la pandemia, se encuentran también quienes la minan, la pervierten o la bloquean. Quienes llaman a continuar como si no pasara nada, a que los demás se jueguen la vida en la circulación y el contacto, quienes señalan que hay cosas más importantes que la vida, que el mundo debe seguir... O también, los que niegan la misma pandemia, la existencia del virus y los efectos del poder que acarrea, limitan la cooperación, la intimidan o la denuncian. Curiosamente boicotean la constitución de lo común, en nombre de la libertad.

Los similares

La materialidad de lo común no sólo se observa en las pandemias o en los acontecimientos históricos, es una potencia inmanente en la conformación de la polis. Su realidad no está en disputa, se observa en los diferentes conceptos y prácticas que tratan de representarlo y/o domeñarlo.

El bien común es una expresión muy antigua, que sigue convocando a algunos en casi cualquier disputa; o mejor, que es usada en el lenguaje político y axiológico; fundamentalmente en dos vertientes: una de procedencia teológica, según la cual, es “el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección”. Eso define obligaciones al Estado, al individuo, al ciudadano y al gobernante, que deben ordenarse todas en función del bien supremo, es decir: Dios.

La segunda acepción, es propiamente estatal. Podría verse como una deriva laica de la anterior; porque según ésta, el representante del bien común, es el Estado,

quien lo define a partir de los códigos que definen los derechos del ciudadano y las y ritos de la soberanía. El bien común es la narrativa histórica de las obligaciones del soberano o de las funciones del Estado; el bien común no es otra cosa que el discurso del poder soberano en circunstancias en que es preciso acudir a lo común, para recortar sus posibilidades, para secuestrar su potencia.

Convocar al bien común esconde premisas autoritarias y antidemocráticas, que atribuyen al Estado, a técnicos, sabios o filósofos, cuando no las iglesias, la enunciación, calificación y tecnologías para alcanzar el común. Esa es la paradoja mistificadora del común: requerir el trabajo colectivo para relegarlo en la organización política; fundar la soberanía en un bien común que se hipostasia en la estructura del estado y/o de la Iglesia.

Los bienes comunes, por su parte, son una reelaboración conceptual de los movimientos sociales que luchan contra diversas políticas neoliberales. Tratan de proporcionar una alternativa contra los procesos de apropiación de recursos de uso común, de procesos sociales mercantilizados o prácticas colectivas monetizadas. Son las reivindicaciones de los comunes, de un conjunto de campos alrededor de la vida y la naturaleza que no deben ser sometidos a la propiedad privada, como la biodiversidad, las semillas, el agua, el material genético, la información, la ciencia, las redes digitales, la educación, la cultura. La urgencia de este pensamiento ha sido sintetizada por Vandana Shiva: “recuperar los comunes es el deber político, económico y ecológico de nuestra época”.

La importancia de estos planteamientos no debe ser minimizada. Su potencia ha sido reconocida hasta en los organismos internacionales; sin embargo, tiene una dificultad: se postula al interior de un discurso económico que diferencia los procesos económicos de los políticos; o más aún, subordina los segundos al dictado de los primeros.



Recordemos un poco: la elaboración conceptual de los bienes comunes es una deriva de la clasificación de los bienes y de los efectos de la producción privada. El tipo ideal del mercado es el que garantiza una asignación óptima de los recursos y paga a los factores productivos una renta definida por su productividad marginal. Sin embargo, en el mercado se producen ciertas fallas, que impiden la asignación óptima y hacen posible la intervención del estado.

Se abre ahí la posibilidad de los bienes públicos, los monopolios naturales y los recursos de uso común. La diferencia entre los privados y estos otros bienes, tiene que ver con el problema de la exclusión y la rivalidad. Los bienes privados implican la exclusión y la rivalidad; los bienes públicos no implican rivalidad en el consumo, tampoco exclusión en su disfrute. Los monopolios naturales son excluyentes, pero no rivales; y los recursos comunes, son rivales pero no excluyentes; es decir, pueden ser disfrutados por todos los miembros de la sociedad, pero su consumo sí implica rivalidad.

El problema de los bienes comunes, o los recursos de uso común, que son expresiones diferenciadas de un mismo proceso -aunque tengan sus particularidades-, es que se siguen pensando en términos del mercado y de los márgenes de los derechos de propiedad. Incluso los bienes comunes que tratan de negar el estatuto de mercancía, se revelan como una diferenciación respecto a los demás tipos de bienes. Es solo una muestra de la penetración cognitiva que tiene la ortodoxia económica, que como se sabe, no es un discurso científico, sino un poder cognitivo y una fuerza subjetivante.

El problema que intenta resolver la conceptualización de bienes comunes es impedir la mercantilización de ciertos recursos que el neoliberalismo ha llevado hasta la ignominia, con toda la secuela de externalidades negativas, precarización y violencia; por eso se intenta mantener lo común como un tipo de propiedad y, en ciertas ocasiones, constituir una organización política de lo común; en esta pequeña cuestión se encuentra una diferencia paradigmática. Lo común como propiedad o como forma de producción y organización política.



La producción de lo común es la potenciación conceptual de los movimientos sociales del siglo XXI. En varias formas: sea como forma defensiva ante la privatización de las tramas de la vida; como intensificación de luchas previas; como revuelta ante los poderes de la representación; como reclamo a la devastación neoliberal de los servicios públicos; como exigencias ante el acontecimiento y sus derivas precarizantes; la cuestión es la articulación:

- movimiento-forma de lucha-demanda-reconstrucción subjetiva; y
- crítica práctica de la producción -la subjetividad y la organización de la multitud.

De otro modo, al mantener los bienes comunes como un taxón solamente, como una anomalía en la producción mercantil, se corre el riesgo de la apropiación estatal de lo común, al convertir los bienes comunes en bienes públicos, que implica justamente la destrucción de lo común, por imposición, por alienación y control heterónomo; y también, como se ha visto en todas las políticas neoliberales, de privatización de los bienes públicos.

Principio, trabajo e institución

Lo común no es un objeto, ni una cosa, ni una propiedad: es una relación, o mejor, una red de relaciones determinadas de cooperación; una retícula praxiológica situada; un principio horizontal de co-actividad, de co-organización y de co-decisión. No hay diferenciación entre quienes participan en la práctica y quienes se organizan y deciden; por eso no hay separación entre la actividad y la representación, entre la economía y la política, las dos se funden en la co-actividad y la co-dirección de los asuntos atendidos.

Esta es otra diferencia fundamental de lo común como principio y como institución, con otras modalidades sustantivadas, como por ejemplo la comunidad, en donde la totalidad se constituye previamente a la acción, donde los individuos son miembros de una entidad que los precede y los antecede. Lo común, por el contrario, se construye y organiza en la participación. Por lo mismo, lo común tampoco es un principio moral, o una abstracción vacía, ni siquiera un modelo ético, sino un principio de actuación conjunta, que puede potenciarse e instituirse.

Eso es lo que ese observa en la pandemia. Un conjunto de actividades en común, que trascienden los dictados institucionales, que los reorganizan y resignifican, y plantean un régimen de posibilidades políticas, jurídicas e institucionales distintas. Quizá ese sea el verdadero significado del acontecimiento: develar las trazas del común que se actualiza cotidianamente, en múltiples campos de la existencia; qué está ahí, como posibilidad, como realidad que busca actualizarse e instituirse.

Por ejemplo, la coordinación de los servicios de salud, los cuidados, la educación, la distribución, la alimentación, todos los servicios básicos, se revelan como acciones imprescindibles para enfrentar la pandemia, que tienen en lo común su horizonte de posibilidades y su principio de actuación. Ahí está: como principio revelado en su actuación, como potencia inmanente, si bien apenas perfilada, apenas visible entre los dictados institucionales, las acciones no reconocidas, los bloqueos sistémicos y demás. Pero ahí: en las acciones, las demandas y las conceptualizaciones de quienes luchan, actúan y participan.

Y así en los procesos educativos, sanitarios, ecológicos, constructivos, productivos, de cuidados, de servicios..., se trata de revelar las relaciones que constituyen lo común actuante, de palabra y obra, lo que está ahí desbordando las instituciones y los paradigmas, para darle primacía ontológica y política, para repetir una y otra vez, que está ahí, aquí, allá, que hay que visibilizarlo, reconocerlo y volverlo forma de acción, de pensamiento y de construcción política y subjetiva.

¡SEAMOS VIRUS!

se terminó de editar en julio de 2020 en
Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, A.C.
Pedro Moreno 7 Barrio de Santa Lucía 292950 San Cristóbal de Las Casas,
Chiapas, México

Tels: 967 678 05 64 y 967 631 69 89
edfrayba@gmail.com
www.editorialfrayba.com.mx
www.editorialfrayba.blogspot.com

Publicación digital